



Un Verano con J.R.R. Tolkien

Este verano he leído por tercera vez *El Señor de los Anillos* de John Ronald Reuel Tolkien. Para ser exacto, he devorado sus mil y tantas páginas tan lentamente como he podido: ha sido un auténtico "verano", en un mundo más remoto, interno, mágico y benigno, maravilloso y apaciguante que el público mundo actual de nuestro fin de siglo. En estas líneas no pretendo analizar una vez más la obra, sino sólo destacar algunas notas de relevancia.

Al paso anterior por el gran relato es de 1993. Siete años me parecen el tiempo justo para olvidar tantos detalles que se reviven con fruición: o para esperar en forma vaga y difusa lo que torna a releerla con una "complicidad" de un deseo premeditado e incluso —a la propiade las lecturas para observar como por primera vez ciertas percepciones, atenuadas por los años, se constituyen por sí mismas.

Valoración sin adición

Me parece convenientemente confesar a estas alturas que no soy un caudillo incondicional de la "ortodoxia Tolkien". Hay lectores de mi especie, que son muy respetables, pero asimismo muy insustentables, y no sólo de la propia novela, sino también de su universo. Incluso del que rodea extrínsecamente al libro: cosmología, pasado y futuro de sus personajes, mitología general, historia y geografía, flora y fauna, costumbres no sólo en otros reinos del novellista, sino también en abundantes enciclopedias ilustradas de Tolkien, que por orden alfabético incluyen hoy hasta la última yota o el sílabeo tatarabuelo del caso.

No caplico bien este fenómeno extraliterario: pues no es como invento alocuto entre un universo nuevo de punta a callo, y en forma romanesco original. Me lo explico, pero no comparto esa adición, de este volumen editado por Houghton Mifflin Company ni siquiera he mirado los abundantes apéndices, con las genealogías, prehistorias, cronologías, etcétera. Se puede y lea del autor. Me interesa, como lector y crítico, la obra en sí, no en sus frondosos alrededores, y me interesa como literaria, no

Una tercera lectura de "El Señor de los anillos" da pie al crítico literario para ponderar algunas debilidades y muchas excelencias de esta obra que ha dado lugar al "fenómeno Tolkien" en los cinco continentes.

Por José Miguel Ibáñez Langlois



El escritor J.R.R. Tolkien (1902-1972)

como profesión, religión, manía, credulidad, etcétera.

Hago este desahogo para que se entienda mejor mi pregunta: ¿qué novela de mil diecisiete páginas admite hoy los lectores, emprendidos por el puro gusto de leer, y con una sola atenta, detallada y genuina que la anterior? Sé de quienes contestarían: ¡yo con ellos! por excelencia el Quixote, pero también alguna obra mayor de Dostoievsky, o quizás algo menos extensa de Dickens, o de...

así cada uno daría su propia lista. Incluso referendada por múltiples lectores. Pero, en general, no son obras de este siglo, porque nuestro siglo no tiene ni su *Divina Comedia* ni su *Comedia Humana*, así como nuestra generación no da para el largo silencio, sino para oír los libros mejor que el decir de Eliot; y esto porque no hay una cosmología

compartida que en otro tiempo hacía posibles las conjeturas (o el sentido arcaico) o los cantos (o los son los de Pound sino aquel "mundo de imágenes ruinosas").

Para todo público

Las salvaduras anteriores me animan a opinar que *El Señor de los Anillos* es la única la

propia creada en nuestro siglo, y más aún, en su casi segunda mitad, tan declinante tras la última guerra mundial. Es obvio que, con pocas excepciones de género narrativo, el otro punto de referencia contemporáneo sería *En busca del tiempo perdido*, y con mucha razón: con tanta como para casi anular mi temeraria pasión sobre Tolkien. Sólo me permitiré al respecto una observación externa no un juicio de valor: para leer y releer los siete tomos de *Prigioni* se necesita un nivel literario casi profesional, y a través de él, la necesidad. En cambio, el sabroso milir de páginas de Tolkien se lo devora cualquiera: el lingüista más erudito o el antropólogo más sofisticado, lo mismo que el muchacho de modestas lecturas.

Es así precisamente donde choca el lector, "calle", digamos, o la, vez, el que saca patentes de cultura por negarse a compartir el gusto de un adolescente ilustrado.

Me parece que hay aquí un problema, en algunos casos, y en otros, cierta polarización, como si la unanidad absoluta y rotunda fuera incompatible con la casualidad literaria: lo que gusta a cualquiera —o casi— no puede gustar a un "cineasta". Y por qué no? ¿Acaso en su momento no fueron una estridencia suspensores la tragedia griega, el teatro de Shakespeare o del Siglo de Oro español, o de nuevo el Quixote? ¿Es un desafío para el lector crítico escapar al gusto espontáneo de un veinteañero? ¿Es que ocurre, más allá, es que una obra como la de Tolkien, además de una lectura en su sector, por supuesto, se trata de gustos distintos, con distantes grados de refinamiento, pero, al fin y al cabo, convergentes, aun el detalle elemental de la escritura no sería tal vez un símbolo de esas cargas de profundidad que leman la superficie del relato. Más aún, he encontrado a veces mejores indicaciones de esas cargas en lecturas jóvenes que en presuntas obras de letras.

En esta materia, la variedad de lecturas —al menos no sólo la formalidad literaria, sino también, a menudo, las ideas y los sentimientos de fondo que toda obra buena, buena, en los ambientes estéticos, o al menos cristianos, el lector tiene la conciencia viva de poseer las claves

Un verano con J.R.R. Tolkien [artículo] José Miguel Ibáñez Langlois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un verano con J.R.R. Tolkien [artículo] José Miguel Ibáñez Langlois. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile